

La epopeya de la clausura La lección erótica

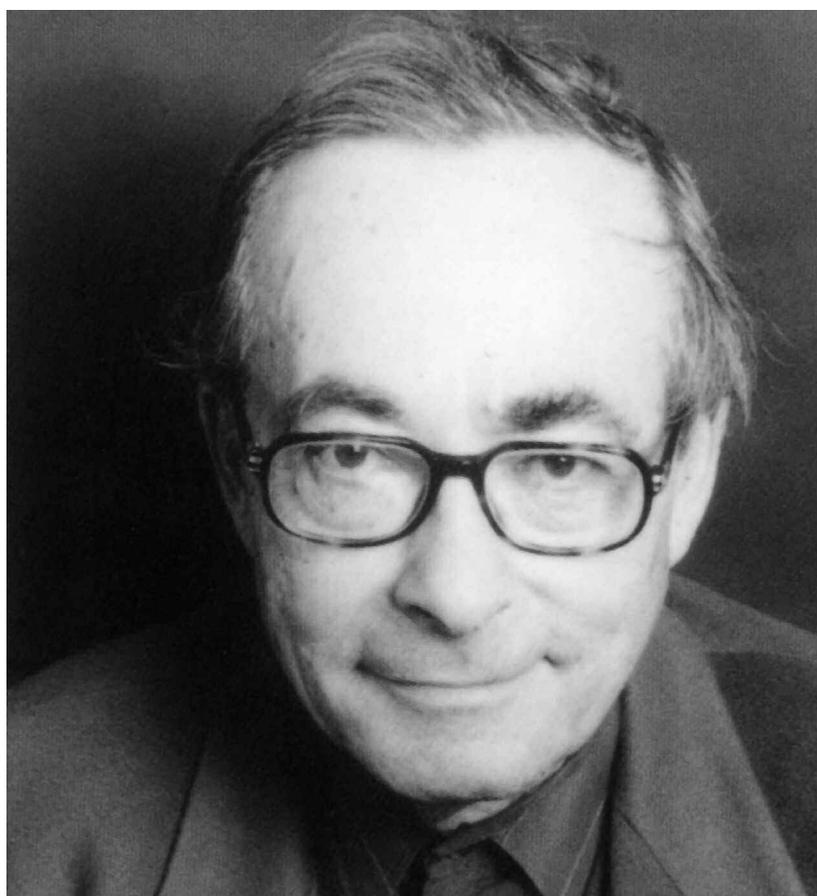
Christopher Domínguez Michael

Cuando George Steiner, a fines de los años noventa, vino a México y ofreció una charla en el Palacio de Bellas de Artes, a algunas personas les molestó la forma altanera e impaciente con la que dio respuesta a algunas preguntas, ciertamente necias, del público. Yo creo que en esa ocasión Steiner hizo bien al herir la susceptibilidad criolla —nuestra endémica confusión entre lo mustio y lo cortés— al recordarnos, con el ejemplo, que un maestro es una figura de autoridad, legitimada, en principio, por saber más que su público. En *Lecciones de los maestros* (2003; FCE, 2004), Steiner nos muestra los puntos de estilo de su pedagogía, al reunir y editar sus conferencias en la cátedra Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard.

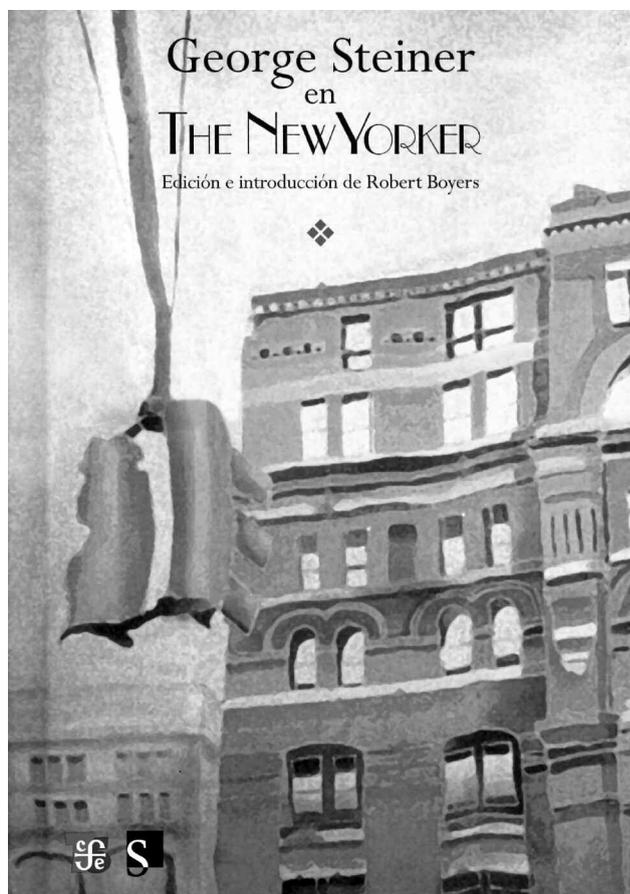
Profesor durante décadas, Steiner (París, 1929) es un humanista obsesionado por la relación entre el maestro y el discípulo, fuente socrática del pensamiento occidental. A lo largo de *Lecciones de los maestros*, Steiner va tocando algunos de los nudos de esa relación germinal, desde la antigua Grecia hasta el presente informático. Si ser maestro, como dijo Marx, citado por Steiner, es “cambiar amor por amor y verdad por verdad”, el tema pedagógico por excelencia, tras el siglo XX sería la responsabilidad contraída por el maestro ante la evolución del pensamiento sembrado en sus discípulos.

El tema del maestro que “envenena” el alma de sus discípulos da comienzo con las acusaciones contra Sócrates y hace más de

cien años, nos recuerda Steiner, estuvo muy de moda, cuando una novela, *El discípulo* (1889), de Paul Bourget, discutió la culpabilidad de los maestros en la difusión de doctrinas (nietzscheanismo, positivismo) en la pérdida de la fe católica que preocupaba a un conservador como aquel otrora famoso novelista francés. La zona donde termina la responsabilidad del mentor y comienza la del educando, advierte Steiner, es borrosa, indefinida, como lo muestran tantos jóvenes suicidas, presuntas víctimas del desaliento metafísico incubado en las aulas o el caso del ideólogo ultraizquierdista italiano Toni Negri, quien estuvo en condiciones de semirreclusión en tanto coautor intelectual de los crímenes de las bandas terroristas que actuaron en su nombre.



George Steiner



El siglo xx, se pensaría leyendo las reflexiones de Steiner, que rehuyen las conclusiones terminantes, sería no sólo la centuria de “la traición de los clérigos” sino, también, la de la irresponsabilidad de los maestros. El primer término, acuñado por Julien Benda, habla de las faltas a la verdad, al sentido común y a los valores de la Ilustración cometidos, en nombre de la ideología, por los pensadores comunistas y fascistas, cómplices en diversos grados del genocidio. Esos mismos ideólogos, en persona o a través de sus seguidores, fueron profesores universitarios y su cuota de responsabilidad inquieta a un Steiner especialmente dubitativo en ese punto: se resiste a despojar al *magister* de sus poderes fáusticos mientras que su liberalismo lo empuja a conceder el libre albedrío al discípulo.

Maestros hay muchos y a lo largo de *Lecciones de los maestros*, Steiner se refiere a los maestros de lo oculto, como Yeats, Madame Blavatsky o Stefan George, que a los maestros de la claridad, como Alain (1868-1951), el sabio francés que pretendió arrojar luz sobre la ciudad europea durante los años canallas de la entreguerra. Steiner se reconoce discípulo de Alain, en cuya *Histoire de mes pensées* está inspirada *Errata* (1997), su autobiografía. Y no faltan los discípulos en el recorrido de Steiner, los agradecidos y fieles, como Pierre Boutang

frente a Charles Maurras, su maestro preso y condenado por alta traición en la Francia de 1945, o Dante siguiendo a Virgilio por el infierno y el purgatorio, o la pedagogía como la esencia de la tradición judía. Están los alumnos rebeldes, como Aristóteles, o aquellos que como Giordano Bruno, fueron maestros de sí mismos hasta comprobar que “quien añade ciencia, añade dolor”.

Entre *la république des instituteurs* que animó Alain y los *maîtres à penser* del estructuralismo, Steiner se da tiempo para hablar de los *coaches* más legendarios del fútbol americano y afronta la otra dimensión del escándalo socrático: el maestro como seductor erótico. Esta figura, magistralmente retratada en *El animal moribundo*, de Philip Roth o en *Ravelstein*, de Saul Bellow, dejó de ser, en los campi estadounidenses, una figura simbólica asociada al temor puritano de los muertos vivientes de Halloween para encarnar en víctimas inocentes. Steiner habla fuerte en defensa de los numerosos profesores cuyas carreras fueron destruidas por acusaciones falaces o estafalarias de acoso sexual, recordando que nunca como hoy fue tan peligrosa la reputación del maestro como pervertidor. Las fantasías del acoso del alumno por el maestro son la expresión cotidiana y judicial del horror al canon y a la autoridad implicado en la fama universitaria del multiculturalismo.

Steiner no lo dice de esa manera, pero creo que es la meta de argumentación.

La riqueza intelectual de Steiner, sin duda alguna el más grande de los críticos literarios contemporáneos, da para volver la reseña de un libro tan breve como *Lecciones de los maestros* un larguísimo coloquio pleno en dudas, desacuerdos, admiraciones y descubrimientos. Frente a la red, como nueva forma de conocimiento, dice, por ejemplo, que los textos en pantalla devuelven a la enseñanza su carácter abierto, inconcluso, mayéutico. Pero la red, afirma Steiner, también milita contra la memoria, vulgarizando y hasta anulando la capacidad de investigación del estudiante, argumento que ya lo había yo leído en algún texto de Robert Darnton.

Para ilustrar al maestro como quien enseña un oficio, Steiner escogió a Nadia Boulanger, la maestra de músicos como Leonard Bernstein, Roger Sessions, Jean Françaix, Igor Markevitch, Walter Piston, Elliot Carter, el puente entre la música francesa y estadounidense hasta su muerte en 1979. Hermana de una gran compositora —Lili, fallecida precozmente en 1918—, Nadia decidió dedicarse a la enseñanza y lo hizo durante sesenta años con una combinación de autoridad (y autoritarismo) y una firme creencia socrática en que el verdadero estudiante es el maestro. **U**

